

La crisis: síntoma o enfermedad
El problema de la transición mexicana
EMILIO RABASA GAMBOA

Introducción

El modelo neoliberal instrumentado en México hace doce años, ha resultado en una profunda crisis económica; su sustento político, el autoritarismo orientado hacia el mercado, vive hoy una crisis política. Esta situación mantiene al país en un estado de inestabilidad e incertidumbre que necesariamente prende "focos rojos" en el tablero de la seguridad nacional.

En el periodo de la Guerra Fría, la seguridad nacional se definía como "la capacidad de un Estado-nación para defenderse de ataques extraños, y como la habilidad de este Estado-nación para defender sus intereses nacionales entendidos fundamentalmente como la integridad territorial y la soberanía política" 2. Es éste un concepto que enfatizaba mucho más el aspecto externo de la soberanía y la integridad territorial que el doméstico.

Con el fin de la Guerra Fría el concepto de seguridad nacional se ha transformado, revirtiendo el énfasis de "las amenazas externas" hacia los "factores internos" que ponen en peligro el desarrollo económico-social y la legitimidad política de una nación. Por eso es que, resulta importante precisar los términos en que deberá incluirse a la inestabilidad económica-política que hoy padece México en la agenda de la seguridad nacional.

Para Adam Przeworski, "lo que sobre todo distingue a estas etapas es el grado de incertidumbre que prevalece en cada momento. Durante la transición de regímenes, todos los cálculos e interacciones políticas resultan altamente inciertas. Para los actores es sumamente difícil saber cuáles son sus intereses, quiénes los apoyarán, qué grupos serán sus aliados u opositores".³

Bajo esta óptica, la inestabilidad se entiende como un síntoma inequívoco pero "normal" de un periodo de cambios profundos conducentes a una nueva vida pública e institucional. En sentido opuesto, la crisis es vista como la enfermedad de un sistema básicamente "sano" que, consecuentemente, hay que curar.

A la luz de las consecuencias de una interpretación errónea de los hechos del 68, es importante tener una lectura acertada de la crisis actual y su probable desenvolvimiento. La pregunta central consistiría en saber si esta crisis es conducente a una nueva forma de régimen autoritario o bien es el preámbulo de una democracia "a la mexicana". El autoritarismo está en crisis pero ¿resultará de ésta la democracia?

Los problemas de interpretación

Dos son a mi juicio los problemas centrales que impiden un diagnóstico claro sobre los acontecimientos presentes. El primero consiste en la creación de una suerte de espejismo de

las grandes transformaciones que ocurrieron en el mundo a partir de los años 70⁴. Con estos "catalejos" que engañosamente nos presentan muy cerca a esos países, hemos estado esperando y deseando que en México aconteciera algo equivalente al pacto de la Moncloa en España, los acuerdos de Brasil y Uruguay, o al derrumbamiento del Partido Comunista en la ex-URSS y los países de Europa del Este, sin advertir que cada transición ha sido distinta.

Con base en esas referencias, algunos analistas estimaron que la transición mexicana se iniciaba con motivo de la gesta electoral del 88 y vaticinaron que la "caída del sistema" había provocado tal fractura en el régimen, que por ella comenzaría a salir la savia democratizadora. Otros, más optimistas, leyeron en la escisión del PRI durante el sexenio 82-88 —que provocó la Corriente Democrática, progenitora del PRD— el comienzo del proceso democratizador. Unos y otros alentaron su esperanza con el anuncio del "fin del partido casi único", realizado por el mismo Salinas en 88. Para ambas interpretaciones las elecciones del 91 y el 94 fueron una desmentida. En ese sentido, Colosio fue más realista; el 6 de marzo apuntaló que era necesario como un ejercicio consciente de voluntad política, "acabar con cualquier vestigio de autoritarismo". Reconocía por lo tanto, que éste todavía vivía y coleaba.

El segundo problema consiste en pensar que el inicio de una nueva etapa ocurre hasta que concluye del todo la anterior. El borrón ha de ser total para que se inicie la cuenta nueva. Para que llegue la democracia debe erradicarse por completo el autoritarismo. Pero la realidad social es mucho más compleja que los cambios psicobiológicos que experimenta el ser humano. La adolescencia no comienza cuando se acaba en definitiva la niñez, ni la vida adulta cuando el adolescente ha dejado de serlo, ni la tercera edad cuando ha concluido la madurez. La verdad es que las etapas psicobiológicas se traslapan en periodos de gran incertidumbre individual. Lo mismo cabría decir de las sociedades en proceso de cambio. Las transformaciones históricas no implican cortes nítidos y claros. Elementos de una etapa anterior subsisten por algún tiempo en la nueva.

Aplicado el esquema anterior a México, podríamos decir que la incertidumbre que vivimos obedece a que se han traslapado elementos de dos regímenes distintos como son el autoritarismo y la democracia, cada uno de ellos identificado con su propia cultura política que, hoy en día, han entrado en una colisión. Por las condiciones externas e internas favorables a la democracia, vivimos una fase aguda de ese conflicto. Para entenderlo mejor es necesario repasar la forma cómo se han ido entreverando esas dos tendencias políticas

La fase aguda del conflicto

Una lectura detenida de los sucesos del 94 nos muestra una lucha por el poder, en la que se mezclan elementos tradicionales típicos de nuestro historial autoritario, con otros modernos más acordes con la democracia.

La sublevación armada de Chiapas repite el script de todo el siglo XIX y el inicio del XX: la violencia para dirimir problemas sociales y/o políticos ante la ausencia de verdaderos cauces institucionales.⁵. El magnicidio de Colosio y el asesinato de Ruiz Massieu son

recursos políticos violentos que recuerdan la fase posrevolucionaria (Carranza, Obregón, Serrano y Arnulfo Gómez) de principios de siglo en México.⁶ Ambos, levantamiento y asesinato político han sido métodos ya usados (y lamentablemente probados) de ascenso y conservación del poder. No representan ninguna novedad o cambio cualitativo alguno en nuestra historia.

Simultáneo a esos elementos políticos tradicionales, en el mismo año de 94 y a sólo meses de distancia se dan por lo menos dos hechos inéditos en nuestra historia y cultura política: un debate abierto por tv entre tres candidatos presidenciales de distintos partidos, con un auditorio de 40 millones de personas y unas elecciones presidenciales con un altísimo grado de participación ciudadana (casi 80 por ciento) y de confiabilidad.

Esa mezcla de elementos políticos tradicionales, todavía arraigados en nuestra cultura política (la violencia como recurso para acceder al poder) y los modernos: (elecciones confiables, resultados creíbles y posibilidades de alternancia pacífica como en Jalisco), nos sitúa en la crisis de incertidumbre que estamos viviendo y padeciendo en la actualidad. Es ésta una coyuntura en la que el presente está conformado por un pasado que no deja de existir y un futuro que no acaba de ser.

Antecedentes históricos de dos culturas encontradas

Los sucesos antes referidos no están desprovistos de sus respectivas caudal históricas. De hecho vivimos el choque de dos culturas políticas con distinto grado de antigüedad. La autoritaria, que según Octavio Paz⁷ data de las teocracias militaristas mesoamericanas, pasa por el virreinato, transcurre por el siglo XIX con dictaduras, levantamientos y golpes de Estado, llega a la dictadura porfirista y después de la Revolución se traslada a la hegemonía de un partido casi único. Su antigüedad se remonta al siglo XIV y su vigencia es de casi 600 años.

La cultura democrática surge con la Independencia y la Constitución de 1824, la cual introdujo los principios de la división de poderes, el federalismo y la soberanía popular, continúa con el intermedio de Juárez y Lerdo, y la Constitución del 57 que aporta el concepto de los derechos del hombre. En

este siglo reaparece brevemente con Madero y luego la Constitución de 1917 que incluye un concepto sustantivo y amplio de democracia en el Artículo 3°. Si bien esta cultura data del siglo pasado, su vigencia en la práctica política reiteradamente interpuesta por el autoritarismo, apenas llegaría a sumar escasos veinte años.

La cultura autoritaria ha estado mucho más tiempo con nosotros que lo que ha vivido la cultura democrática (seiscientos contra veinte). Adicionalmente la primera ha gozado de periodos más largos y menos interrumpidos que la segunda. La democracia en México ha sido muy breve, casi efímera, y constantemente interrumpida por la contraola autoritaria.

El renacimiento democrático

Sin embargo, a partir de fines de los años sesenta, con el movimiento estudiantil de 1968, la tendencia hacia la democratización renace y se extiende. Al principio toma la forma de movimientos sociales como vehículos de conciencia colectiva por medio de los cuales se articulan tensiones internas y se traen a la superficie del tejido social problemas subyacentes. El gran mérito del movimiento del 68 consistió precisamente en la articulación y erupción a la superficie social de la imperiosa necesidad de cambio político que ya desde entonces el país venía requiriendo. Pocos entenderían el mensaje. Entre ellos, Jesús Reyes Heróles, cuya liberalización política en 1979 es el efecto directo de esta tendencia democratizadora que luego parece detenerse durante el periodo 82-88. Pero el movimiento democratizador ya había adquirido su impulso, fuerza y ritmo propios y la insistencia en la contrarreforma política de ese sexenio sólo consigue provocar la mayor escisión que se recuerde dentro del PRI, que luego retomaría la marea democratizadora en las elecciones del 88. A partir de entonces pasa del centro a la periferia y se disemina en varios estados, particularmente San Luis Potosí, en la figura de Salvador Nava y su marcha por la dignidad que provoca una reconcientización del valor y efectividad de la democracia. Guanajuato y Michoacán son otros casos ejemplificadores. De ahí se traslada hasta el 94, con el levantamiento en Chiapas, que no obstante su carácter de suceso tradicional, le da un nuevo impulso a la ola democrática en el proceso electoral de ese año, provocando una tercera reforma política y, sobre todo, se expresa en las elecciones del 21 de agosto.

Autoritarismo en crisis, democracia frágil

El autoritarismo mexicano está en crisis. Sus signos vitales 8 así lo demuestran: a) el pluralismo limitado —PRI y partidos satélites— de los años 50-70 se ha ido diluyendo en un pluralismo extendido —PRI, PAN, PRD y múltiples organizaciones sociales, ONGs, no partidistas—; b) la falta de contabilización política —political accountability— en los regímenes sobre todo de Echeverría y López Portillo ahora tiene otra dimensión con el de Carlos Salinas de Gortari 9; c) la participación por cooptación y la movilización selectiva, han ido cediendo ante el fortalecimiento de diversas fuerzas políticas; d) la existencia de un partido privilegiado ha dado pie a la demanda por la completa separación del PRI del gobierno; e) la mentalidad autoritaria carece de la eficacia que tuvo hasta los años 70.

Pero la poliarquía 10 a la mexicana todavía no es una realidad. Apenas se consolidan las libertades básicas de asociación, información y comunicación, sobre todo por la vía de la prensa escrita pero no tanto en la radio y casi nula en la televisión. La formulación libre de preferencias políticas mediante la libre competencia de varios líderes para validar en intervalos regulares por medios no violentos su legitimidad para gobernar, apenas acaba de

pasar la prueba de las pasadas elecciones. EL IEE tuvo una ciudadanización tardía que todavía no está asentada a nivel local. Estas son algunas de las asignaturas de la democracia pendiente.

La crisis del autoritarismo mexicano, como la de cualquier otra forma no democrática de gobierno, necesariamente crea un problema transitorio de gobernabilidad desde el momento en que las reglas políticas anteriores pierden vigencia y las nuevas todavía no adquieren una aceptación generalizada. A eso precisamente obedece la sensación de incertidumbre en que nos movemos actualmente. Como tema de seguridad nacional, ese desconcierto puede alentar la lectura de la crisis como un síntoma correspondiente a un periodo de cambio o, erróneamente, como una enfermedad que es necesario erradicar cuanto antes.

En el primer caso se apreciará como la parte delicada de un proceso más amplio de transición, que por nuestra biografía histórica resulta aún más doloroso y difícil que en otros países. En tal caso habrá que atender a sus manifestaciones extremas, encauzarla y acelerar su curso. Se trata a fin de cuentas de reubicar el problema en un nuevo contexto político. Por el contrario, si domina la desesperación social por la intolerancia generalizada o de algunos grupos hacia la inestabilidad, entonces se corre el riesgo de que decisiones precipitadas que busquen poner fin al conflicto y terminar de manera abrupta con el estado de incertidumbre política interrumpan, y por muchos años como en Chile, el proceso democrático mexicano.

1 Término acuñado por John Sheahan en *Patterns of Development in Latin America: Poverty, Repression and Economic Strategy* (Princeton University Press, 1987).

2 Elguea, Javier, *Crisis y Seguridad Nacional: México en los albores del siglo XXI en "México en el umbral del milenio"*, Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.

3 Przeworski, Adam, citado por Terry Lynn Karl en *Dilemmas of Democratization in Latin America*, Comparative Politics, 1990.

4 Rabasa Gamboa, Emilio, *¿Por qué la democracia?, transiciones de 1974 a 1990*, UNAM, 1993.

5 En tan sólo 25 años de 1822 en adelante, México tuvo "dos golpes de Estado, varios cuartelazos en nombre de la soberanía popular, muchos planes revolucionarios, multitud de asonadas, e infinidad de protestas, peticiones, manifiestos...": Rabasa, Emilio en *La Constitución y la Dictadura*, Editorial Porrúa, 1976, p.3.

6 Ver Quirarte, Martín, *Visión panorámica de la Historia de México*, Librería Pomia Hnos. y Cía. SA.

7 Paz, Octavio, 1985, "Hora cumplida (1929-1985)" en revista *Vuelta*, México N° 103.

8 Estos son los elementos que Juan J. Linz señala como los componentes de un régimen autoritario en *Totalitarian and Authoritarian Regimes*, en "Macropolitical Theory, Greenstein Fred I. y Polsby Nelson W. (editores) Addison-Wesley Publishing Company, 1975.

9 La denuncia presentada por uno de los principales partidos políticos, el PRD y la consulta pública realizada por una organización no gubernamental, Alianza Cívica, pueden significar indicios del ejercicio efectivo del principio de la responsabilidad política exigido por la sociedad civil.

10 Término empleado por el politólogo Robert Dahl para describir los elementos de la democracia, en *Polyarchy*, The New Haven and London, Yale University Press, 1971.